

ONUBENSES EN NUEVA YORK

Eloy Navarro Domínguez
Universidad de Huelva

Debido a su condición de punto de partida del viaje del Descubrimiento y a su vinculación con la figura de Cristóbal Colón, la provincia de Huelva ha acabado convirtiéndose en un espacio de carácter casi mítico dentro de la historia de las relaciones entre Europa y América. Por esa razón, resulta difícil no relacionarlo con otro espacio no menos mitificado dentro de la Historia de América como es la ciudad de Nueva York, precisamente por encarnar ambos lo que bien podrían ser extremos históricos opuestos de la empresa americana. Efectivamente, si Huelva viene a representar el pasado europeo de América, Nueva York, por el contrario, ha funcionado durante más de un siglo como símbolo del futuro, y no sólo del futuro de la propia empresa americana, sino también, tras la conversión de los Estados Unidos en potencia global, del futuro de la propia Europa. Esa misma disparidad, unida a la común relevancia histórica que, cada uno por diversos motivos, presentan dentro de la construcción de América, justificaría por sí misma el estudio de los contactos y relaciones que se han dado a lo largo de la historia entre ambos espacios geográficos, y sobre todo el estudio de los testimonios que por tales contactos han generado.

El presente trabajo trata de dos de esos testimonios, los de dos periodistas onubenses que coincidieron en Nueva York entre 1917 y 1918: Rómulo de Mora, director de la revista *Pictorial Review* (1913-1925) y autor de la novela *Los cauces* (1922), y Eduardo Criado Requena, redactor de la misma publicación y autor, a su vez, del libro *La ciudad de los rascacielos* (1919). Se trata de dos autores prácticamente desconocidos, cuyo caso, sin embargo, resulta de especial interés, y no sólo por la singularidad de los textos que escribieron, sino porque sus páginas nos ayudan a entender aspectos importantes de la imagen que los Estados Unidos proyectan por esas fechas en Europa y, sobre todo, en España.

Para poder estudiar con un mínimo de profundidad los textos de Mora y Criado, hemos debido renunciar a hacerlo con otros casos de relación entre Huelva y Nueva York que se han dado a lo largo de la historia, algunos de los cuales son, de hecho, más conocidos que los de ambos periodistas. Así, por ejemplo, hemos dejado de lado desde un principio el estudio de las manifestaciones de la presencia norteamericana en Huelva, desde la visita que hizo el neoyorquino Washington Irving a los lugares colombinos en agosto de 1822, hasta el «Monumento a la Fe Descubridora» levantado entre 1926 y 1929 por la escultora neoyorquina Gertrude V. Whitney y su ayudante Florence McAuliffe y concebido en parte como réplica onubense de la Estatua de la Libertad en el estuario del Hudson¹. Del mismo

¹ Sobre Washington Irving, véanse Antonio Garnica (ed.), *Washington Irving en Andalucía*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004 y *Washington Irving y los Lugares Colombinos*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 2002, así como Rolena Adorno, «Washington Irving's Romantic Hispanism and Its Columbian Legacies», en Richard Kagan (ed.),

modo, y por lo que respecta a la presencia de otros onubenses en Nueva York aparte de los estudiados aquí, hemos decidido evitar el simple recuento anecdótico de los diferentes casos que son conocidos y que, con frecuencia, apenas si están relacionados entre sí más que por los orígenes onubenses de sus protagonistas. Fuera de nuestro estudio quedan, por tanto, otros onubenses que han residido igualmente en Nueva York en diferentes momentos, como el periodista Jesús Hermida, nacido en Huelva en 1937 y corresponsal de RTVE en Nueva York durante once años (1967-1978), o el poeta, catedrático de la City University of New York y director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Odón Betanzos Palacios, nacido en Rociana en 1925 y establecido en Nueva York desde 1956, cuya trayectoria es suficientemente conocida gracias a los trabajos de José María Padilla Valencia².

Casos distintos son los que plantean otros dos onubenses que coincidieron en algún momento en Nueva York con nuestros dos periodistas, sin que nos consten, sin embargo, ningún tipo de contactos entre ellos. El primero es el del viaje que realizó Juan Ramón Jiménez a Nueva York en 1916 para contraer matrimonio con Zenobia Camprubí, viaje que, como es sabido, está en el origen de un libro que, más allá de su significación en el conjunto de textos de autores españoles referidos a Nueva York, constituye por sí mismo un hito decisivo en la evolución de la poesía española del siglo XX: el *Diario de un poeta recién casado* (1917). Hemos dejado fuera de nuestro estudio este viaje de Juan Ramón, porque, tratado en su verdadera significación, el *Diario* (que ha sido objeto de un gran número de estudios y en el que, desde luego, no se agotan las alusiones de Juan Ramón a Nueva York y los Estados Unidos³) habría ocupado por sí mismo un espacio imprescindible para el

Spain in America, Champaign, University of Illinois Press, 2002, pp. 49-105. Una de las fiestas mayores del apretado calendario laboral norteamericano es el «Columbus' Day», que se celebra el segundo lunes de octubre, aunque su importancia se debe en realidad a que, desde sus inicios en 1907, ha sido la festividad mayor de la comunidad italiana en Estados Unidos, del mismo modo que el «St. Patrick's Day» lo ha sido para la irlandesa. Sobre el «Monumento a la Fe Descubridora» véase José Antonio Ramos. *Gertrude Vanderbilt Whitney, autora del monumento a Colón*, Madrid, C.E.C.A., 1987.

² Sobre Jesús Hermida véanse Pedro Rodríguez, *Jesús Hermida*, Madrid, Grupo Libro 88, 1991 y los dos libros del propio autor sobre sendos acontecimientos de los que informó en su período de corresponsal. *Apolo: un bozal a las estrellas*, Madrid, Publicaciones Controladas, 1973, y *El pueblo contra Richard M. Nixon*, Barcelona, Planeta, 1974. Sobre Odón Betanzos Palacios véanse los estudios de José María Padilla Valencia, *El Simbolismo en la poesía de Odón Betanzos Palacios*, Huelva, Universidad de Huelva, 1996, y *Biobibliografía de Odón Betanzos Palacios*, Huelva, J. M. Padilla, 2000, así como los de Estelle Irizarry, *Dos poetas de Huelva en América, Juan Ramón Jiménez, cronista, Odón Betanzos Palacios* Rociana del Condado, Fundación Odón Betanzos Palacios, 1996, y *Altruismo y literatura: Odón Betanzos Palacios*, Rociana del Condado, Fundación Odón Betanzos Palacios, 1999, e igualmente la compilación de Gerardo Piña-Rosales, *Odón Betanzos o La integridad del árbol herido* Nueva York, Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York, 2005.

³ Juan Ramón dedicó a Estados Unidos dos partes del *Diario*, «América del Este» (III) y «Recuerdos de América del Este escritos en España» (VI), en las que se refiere a Boston, Filadelfia, Washington y, por supuesto, con ciento veintiséis poemas, a Nueva York, a la que dedicará asimismo el fragmento segundo de «Espacio». En este último poema encontramos además un fragmento muy conocido que pone en relación los ámbitos de Huelva y Nueva York: «Y para recordar por qué he vivido», vengo a ti, río Hudson de mi mar. 'Dulce como esta luz era el amor...' 'Y por debajo de Washington Bridge (el puente más con más de esta New York) pasa el campo amarillo de mi infancia'. Infancia, niño vuelvo a ser y soy, perdido, tan mayor, en lo más grande. Leyenda inesperada: «dulce como la luz es el amor», y esta New York es igual que Moguer, es igual que Sevilla y que Madrid. Puede el viento, en la esquina de Broadway, como en la Esquina de las Pulmonías de mi calle Rascón, conmigo; y tengo abierta la puerta donde vivo, con sol dentro. 'Dulce como este solo era el amor'. Sobre la presencia de los Estados Unidos en la obra de Juan Ramón y, en particular, en el *Diario* véase Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez: la poesía desnuda* Madrid: Gredos, 1974, pp. 598-640, y los estudios de Mercedes Juliá «Ámbitos americanos en el simbolismo del último

estudio de dos autores tan poco conocidos como Mora y Criado, haciendo que se repitiese así una vez más en estas páginas ese fenómeno tan habitual en los estudios sobre la cultura onubense del siglo XX por el cual Juan Ramón acaba indefectiblemente hundiendo en la sombra al resto de sus contemporáneos. No obstante, debido a la fecha en que tiene lugar y a la mencionada coincidencia, el *Diario* y, sobre todo, los datos que nos son conocidos acerca de las circunstancias del viaje del poeta resultan especialmente útiles para entender las particularidades de la estancia en Nueva York de Mora y de Criado, aunque no sea más que para apreciar las profundas diferencias que separan a estos últimos del poeta de Moguer. Las mismas razones nos obligan a dejar de lado a otro onubense que coincidió en Nueva York con nuestros dos autores e incluso con el propio Juan Ramón durante su viaje (aunque, una vez más, no nos conste ningún tipo de contacto personal), el cineasta Francisco Elías, que vivió en la ciudad entre 1915 y 1925. Efectivamente, la figura de Elías resulta ya, a estas alturas, suficientemente conocida (a pesar del olvido en que estuvo sumido durante tantos años) y su vinculación con Huelva es, por lo demás, menos directa que la de Mora, Criado o el mismo Juan Ramón, por lo que nos referiremos a su caso sólo marginalmente para ilustrar algunos aspectos de las obras de nuestros dos periodistas⁴.

A primera vista parece inevitable explicar la presencia de Mora y Criado en Nueva York (y, por tanto, la visión que de los Estados Unidos trasladan en sus textos) como resultado exclusivamente de la atracción universal que ejerce la ciudad a lo largo de las primeras décadas del siglo XX y como consecuencia igualmente del proceso de propagación de la cultura norteamericana más allá de sus fronteras que se da por las mismas fechas. En realidad, es así como debemos interpretar dicha presencia en un primer momento, puesto que España, aunque en menor grado que otros países, no es una excepción dentro de un proceso que tiene, efectivamente, dimensiones universales. Sin embargo, la condición de onubenses de ambos autores añade, como tendremos oportunidad de ver, una cierta particularidad a sus respectivos casos, particularidad en la que, a nuestro juicio, es necesario detenerse previamente, puesto que, si bien no explica por entero su presencia en Nueva York, sí nos

Juan Ramón Jiménez», *Hispanic Review*, 68 (2001), pp. 53-71, «El símbolo del espacio en la obra de Juan Ramón Jiménez en América», *Cuadernos de Aldeu*, 12:1 (1996), pp. 151-60, así como su libro *El universo de Juan Ramón Jiménez. Un estudio del poema «Espacio»*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1989. Dos importantes estudios han sido dedicados al mismo tema por Rogelio Reyes Cano: «El *Diario* de un poeta recién casado como libro de viaje», en *Juan Ramón Jiménez. Poesía total y obra en marcha. Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea. Universidad de Málaga, 13-16 de noviembre de 1990*, ed. Cristóbal Cuevas, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 141-62, y «La visión de América en el *Diario* de un poeta recién casado», en *En el texto de Juan Ramón Jiménez*, eds. Manuel Ramos y Rogelio Reyes, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1994, pp. 87-101. Un estudio igualmente interesante es el de Juan Manuel Rozas, «Juan Ramón y el 27: hodiernismo e irracionalismo en la parte central del *Diario*», en *Juan Ramón Jiménez en su Centenario*. Cáceres, Delegación Provincial del Ministerio de Cultura, 1981, pp. 149-69. Véanse asimismo las introducciones de las ediciones de Antonio Sánchez-Barbudo (Madrid, Visor 1994) y Michael Predmore (Madrid, Cátedra, 1998).

⁴ Director, guionista, productor y responsable del primer largometraje sonoro español, *El misterio de la Puerta del Sol* (1929), Elías ha dado nombre en Huelva a un Cine-Club y a una Cátedra de la Universidad de Huelva. Sobre su trayectoria vital y cinematográfica veáanse Enrique Sánchez Oliveira, *Aproximación histórica al cineasta Francisco Elías Riquelme (1890-1977)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2003, y *Francisco Elías, (Huelva, 1890-Barcelona, 1977): la vida, la época y la obra de un cineasta onubense*, Huelva, Cepasa, 2002, Juan Francisco de Lasa, *Francisco Elías: pionero del cine sonoro en España*, Madrid, Filmoteca Nacional de España, 1976; Ramón Navarrete Galiano, *Francisco Elías. Escritor de cine*, Sevilla, Fundación El Monte, 2002, y José María Caparrós Lera, *Memorias de dos pioneros*, Barcelona, CILEH, 1992.

permite al menos entender algunos aspectos importantes de la interpretación que harán de la ciudad y del conjunto de los Estados Unidos en sus textos.

En su libro sobre la arquitectura onubense de los siglos XIX y XX, Asunción Díaz Zamorano ha estudiado con detenimiento la imagen que acerca de la propia ciudad se va construyendo en la Huelva de los últimos decenios del siglo XIX, una imagen cuyo origen último está en la profunda transformación que sufre en esos años el conjunto de la provincia y, sobre todo, la propia capital como consecuencia del desarrollo económico generado en el último cuarto del siglo XIX por las compañías mineras y muy especialmente por la Rio Tinto Company⁵. Dicha imagen respondería, según Díaz Zamorano, a una «clara y abierta vocación cosmopolita, globalizadora, universal, en lógica armonía con una sociedad en pleno proceso de refundación y en virtud de ello integrada por un cuerpo extremadamente joven, dinámico, heterogéneo y ante todo impulsado por sus vehementes ansias de modernidad»⁶. Efectivamente, a la vista de la transformación urbanística que experimenta la ciudad y de la acumulación que se da en el paisaje urbano de las instalaciones industriales de las compañías mineras, que son interpretadas a menudo como iconos del progreso, el hecho es que poco a poco se empieza a ver en Huelva el germen de una futura gran ciudad, moderna e industrial, tal como Díaz Zamorano ha documentado ampliamente en la prensa local:

Es verdaderamente asombroso el progreso moral y material que se desarrolla en esta población, ayer villa insignificante y olvidada, hoy ciudad populosa y uno de los principales centros de producción del país. Tal es la altura a que han elevado la explotación de las empresas mineras de dentro y fuera de España⁷.

Nadie puede poner en duda el gran progreso que Huelva ha realizado; en pocos años ha duplicado su población y su caserío, ha aumentado en mayor proporción aún su comercio, su tráfico, su industria y en general su riqueza, y se ha puesto en condiciones para adquirir mayor prosperidad...⁸

Así pues, sobre la base de los avances reales que se van produciendo en la propia ciudad, Huelva acaba engendrando, en su tránsito de «villa insignificante» a «ciudad populosa», una cierta visión utópica de sí misma:

Lo real para Huelva ni es lo antiguo, ni lo natural y corriente, ni lo rutinario, ni lo que tiene la respetabilidad de la vejez y la sanción de la experiencia; es lo nuevo, lo extraordinario, lo paradójico, la utopía traducida en hecho, el sueño de las Mil y una noches convertido en brillante realidad.⁹

Todo lo anterior nos permite observar cómo la visión que tenían de Huelva sus élites ilustradas en torno al cambio de siglo no se correspondía en absoluto con la de las «ciudades

5 Asunción Díaz Zamorano, *Huelva, la construcción de una ciudad*, Huelva, Ayuntamiento de Huelva, 1999. Véase asimismo M^a Antonia Peña Guerrero, *La provincia de Huelva en los siglos XIX y XX*. Vol. IV de *El tiempo y las fuentes de su memoria. Historia moderna y contemporánea de la provincia de Huelva*, Huelva, Diputación Provincial, 1995, pp. 83-85 y 113-143.

6 Díaz Zamorano, *op. cit.*, p. 99.

7 *La Provincia*, 26-8-1883. Citado por Díaz Zamorano, *op. cit.*, p. 114.

8 *La Provincia*, 6-12-1889. Citado por Díaz Zamorano, *op. cit.*, p. 115.

9 *La Provincia*, 28-3-1889. Citado por Díaz Zamorano, *op. cit.*, p. 117.

muertas» que describía la literatura finisecular, empobrecidas, aisladas y detenidas en un pasado eterno, tal como se pone de manifiesto incluso en autores onubenses tan modernistas como Rogelio Buendía, quien llamará a Huelva en un poema «ciudad progresiva y poética», mencionando además el «chirrido industrial de sus grúas» como elemento de caracterización de su paisaje urbano¹⁰. Sin embargo, es precisamente en el terreno de la actividad cultural donde se hace más visible el inevitable conflicto entre la ciudad moderna en que esas mismas élites quieren que se convierta Huelva y la ciudad provinciana que todavía es a pesar de su apariencia industrial. Antes de su marcha a Nueva York, el propio Criado (quien se distinguió en su juventud por su constante empeño en dinamizar la vida cultural onubense mediante la creación de sociedades culturales) daba cuenta del problema en términos que testimoniaban su adhesión a la utopía urbana anteriormente mencionada:

Los pueblos pequeños que por un impulso industrial o mercantil basado en la riqueza de su suelo se convierten rápidamente en ciudades modernas con todos los adelantos que la civilización va sumando, para que con menos esfuerzos haya más producción y por consiguiente más riqueza, tienen a veces la pretensión de considerarse en todas las manifestaciones culturales, con una cimentación y un conocimiento artístico, que da la Historia y los siglos, pero no los esfuerzos de sus actuales habitantes; claro está que el principal deber de un pueblo que encontró su apogeo industrial es buscar el paralelo en el terreno de las artes, no como templo acabado, sino como piedra de cimentación, no como receptores de adelantos que no existieron, sino como ejecutantes de lo que a venideros tiempos hubieren de dejar. (...) ¿Que a donde voy a parar con todo esto? A demostrar ahora que Huelva es una de las ciudades que no se ha cegado con su engrandecimiento y que siempre se ha dado perfecta cuenta de su misión educativa, sin remontar el vuelo de regiones de donde tuviera que ser asfixiada.¹¹

Como se puede apreciar, Criado hace alusión, para referirse a Huelva, a un modelo de desarrollo que bien podría identificarse (por la alusión a la juventud de los pueblos y a su carencia de tradiciones culturales) con el que representan en esa época los Estados Unidos y, en el ámbito de las ciudades, la propia Nueva York, un modelo que estaría siendo presentado implícitamente por el autor como el espejo en el que debería mirarse Huelva, ciudad igualmente engrandecida, en su opinión, gracias a un rápido crecimiento industrial, aunque carente, al igual que Nueva York y los Estados Unidos (cómo el propio autor recordará después en su libro), de un desarrollo cultural proporcionado a su rápido enriquecimiento.

Pero tan importante como el perfil de esa misma utopía urbana desde la que se concibe el futuro de Huelva es el origen de la misma, que no es otro, como ya se ha señalado, que la actividad de la Rio Tinto Company, la cual, con la aplicación del modelo del capitalismo

¹⁰ Véase Rogelio Buendía, *Obra poética modernista*, ed. José María Barrera López, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 2005, p. 269. El poema en cuestión lleva por título «Huelva»: «Huelva es la blanca gaviota / que ríe dando su risa andaluza a la brisa / y en el berilo del mar se deslíe / en una blanca y eterna sonrisa. / Huelva es la inmensa corona de pinos / que hace horizontes de grácil estética, / mar en crepúsculos, aire, argentinos / sonos, ciudad progresiva y poética./ Junto al ruido banal de sus rúas, / junto al chirrido industrial de sus grúas, / tiene el ambiente y el sol de la Bética.../ Huelva es la ría que ríe, es la ría / junto a la playa dorada de Umbría... / ¡Huelva, ciudad progresiva y poética!»

¹¹ *La Provincia*, «La Juventud Artística de Huelva», 16-1-1913.

financiero anglosajón a la minería onubense, había logrado hacer de ésta una fuente de riqueza de extraordinaria importancia frente a la inoperancia de los anteriores arrendatarios españoles¹². En realidad, tal como se pone de manifiesto en el texto de Criado que acabamos de citar, los onubenses identificaban como propia una actividad industrial que no era estrictamente suya, pero aunque el beneficio de esa misma actividad que presenciaban revirtiera en la propia ciudad tan sólo en una proporción muy escasa, lo cierto es que su simple presencia y el consiguiente desarrollo urbano constituían de por sí un importante ejemplo. De hecho, y con la inevitable excepción del movimiento obrero, entre los onubenses nunca llegó a darse una resistencia significativa a la presencia inglesa, mientras que, por el contrario, Huelva llegó a familiarizarse no sólo con los procedimientos empresariales anglosajones, sino también con aspectos de la propia cultura inglesa tales como los deportes o la lengua, que durante casi un siglo resultó sin duda más familiar al onubense medio que al habitante de otras provincias españolas¹³.

Esta familiaridad con la cultura inglesa habría de tener un importante efecto en las élites culturales de la ciudad, tal como prueban, por ejemplo, los casos de otras dos figuras de la vida cultural onubense de las primeras décadas del siglo: Pedro García Morales y María Luisa Muñoz de Vargas. El primero, autor del libro de poemas *Gérmenes* (1910), estudió, de hecho, en Inglaterra, donde llegó a desarrollar una brillante carrera musical, llevando a cabo además una importante labor como intermediario entre la cultura inglesa y la española¹⁴. María Luisa Muñoz, autora del libro *Bosque sin salida* (1934), era hija de José Muñoz, director del principal diario onubense de la época, *La Provincia* (publicación que estaba estrechamente vinculado a la Río Tinto Company) y estudió también en Inglaterra. Casada con Rogelio Buendía (que fue asimismo médico de la Río Tinto Company), María Luisa Muñoz jugó sin duda un importante papel en la relación de su marido con la cultura inglesa¹⁵.

12 Sobre la explotación de las minas véanse David Avery, *Not on Queen Victoria's birthday, the story of the Río Tinto mines*, Londres, Collins, 1974 [traducción española: *Nunca en el cumpleaños de la reina Victoria. Historia de las minas de Río Tinto*, Barcelona, Labor, 1985], Manuel Flores Caballero, *La venta de las minas de Río Tinto*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 1981, y Carlos Arenas Posadas, *Empresa, mercados, mina y mineros: Río Tinto (1873-1936)*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000.

13 Un buen ejemplo lo encontramos, de nuevo, en otro poema de Buendía titulado significativamente «El inglés»: «Entrabas en el baile del Casino. / La orquesta preludiaba un rigodón. / Era como un motivo bizantino / la eurtimia de los trajes del salón. / Te invitó a que bailases un inglés. / Una amiga mirábase envidiosa. / Él parecía, junto a ti, un ciprés / y tú eras, junto a él, como una rosa. / Él inglés era rico, millonario, / fue el que trajo de Egipto un dromedario / con las joyas de un viejo Faraón... / Él apuntó tu nombre en su Baedeker / y tú, junto a las páginas de Bécquer, / pintaste, bajo un nombre, un corazón.» Véase Rogelio Buendía, *ed. cit.*, p. 333.

14 Véase Pedro García Morales, *Gérmenes*, estudio y edición de Eloy Navarro Domínguez, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2003.

15 M^a Luisa Muñoz de Buendía, *Bosque sin salida* [Prólogo de Juan Ramón Jiménez], Huelva, Imprenta de la vda. de J. Muñoz, 1934. En colaboración con su esposa, Buendía tradujo alguno de los poemas ingleses de Fernando Pessoa. Véase Antonio Sáez Delgado, «Inscriptions: Rogelio Buendía, primer traductor de Fernando Pessoa en España», *Insula* 635 (1999), pp. 3-4. El autor publicó asimismo un relato, «The Happiest Man», en la revista inglesa *The English Review*, sept 1921, pp. 196-197, en traducción de Charlotte Remfry de Kidd, autora vinculada a la comunidad inglesa de Linares y relacionada con distintos autores españoles de la época. Véase Martín Armando Díez Uruña, *Vida y obra de Rogelio Buendía*, Córdoba, Imprenta San Pablo, 1978 y José María Barrera López, «Introducción», en Rogelio Buendía, *Obra poética de vanguardia*, ed. José María Barrera López, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 1995.

Como se puede apreciar, a la hora de estudiar a los casos de Mora y Criado, deben tenerse en cuenta, junto al propio surgimiento de una utopía urbana e industrial en torno a la Huelva del cambio de siglo, otros dos aspectos característicos de la sociedad onubense, como son, por un lado, el ejemplo ejercido en Huelva por el capitalismo industrial anglosajón que practicaba la Rio Tinto Company, y por otro, la familiaridad de los onubenses con la cultura y la lengua inglesas. En ese sentido, algunos aspectos de la biografía de los dos autores aquí estudiados pueden ser considerados como producto en cierto modo del contexto que acabamos de describir. Rómulo de Mora, perito industrial, empezó trabajando para la compañía de ferrocarriles MZA, que explotaba la línea Huelva-Sevilla dentro del entramado ferroviario de la Río Tinto Company, mientras que Criado, sin haber vivido anteriormente en ningún país de habla inglesa, conocía ya esa lengua cuando llegó a los Estados Unidos.

Es difícil determinar si ese mismo contexto predispuso favorablemente a ambos periodistas a emprender el camino de Nueva York, aunque, como ya hemos visto en el caso de Criado, es probable que condicionara la interpretación que hicieron de la ciudad y de los Estados Unidos en general. En cualquier caso es necesario tener en cuenta que ambos autores presentan una diferencia importante con respecto a García Morales, Muñoz de Vargas y, desde luego, de Juan Ramón, ya que viajan a Estados Unidos como emigrantes, un aspecto este que los empareja, sin embargo, con Francisco Elías y que, al igual que ocurre en alguna película de este último, se manifiesta con una especial relevancia en sus textos. En ese sentido, considerados como tales emigrantes, Criado y Mora presentan un perfil habitual entre los emigrantes españoles que llegan en esas fechas a los Estados Unidos, perfil que, según Germán Rueda, se caracteriza, frente a los procedentes de otros países europeos, por su nivel de formación¹⁶. Además, el hecho de trabajar para la prensa los convierte en emigrantes de un tipo especial, pues, a diferencia de otros, no sólo pueden reflexionar acerca de aquello que ven, sino que también pueden plasmar por escrito sus impresiones y juicios, y todo ello, además, tomando como punto de partida las tendencias del pensamiento, el arte y la literatura de la España de la época, lo que nos permite rastrear en sus escritos algunos de los rasgos característicos de la visión que los intelectuales españoles tenían de los Estados Unidos en esas fechas.

Dicha visión es consecuencia en parte de las accidentadas relaciones que mantienen España y los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX y que atraviesan por un momento decisivo en el contexto de 1898¹⁷. Sin embargo, como ha estudiado María Dolores Elizalde, a pesar de las imágenes negativas que la propaganda había generado en los dos bandos durante la guerra¹⁸, esta última no llegó a condicionar significativamente la evolución posterior de las relaciones entre ambos países:

16 Germán Rueda, *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos, 1820-1950: de «dons» a «misters»*, Madrid, MAPFRE, 1993.

17 Para una visión de conjunto acerca de la evolución de las relaciones entre Estados Unidos y España véase James W. Cortada, *Two Nations over time: Spain and the United States 1776-1977*, Westport, Greenwood Press, 1978.

18 A ese respecto véanse Rosario Sevilla Soler, «España y Estados Unidos: 1898, impresiones del derrotado», *Revista de Occidente* 202-203 (1998), pp. 278-93, Rafael Sánchez Mantero, «El 98 y la imagen de España en los Estados Unidos», *id.*, pp. 294-309, Félix Santos, *1898: La prensa y la guerra de Cuba*. Bilbao, Asociación Julián Zugazagoitia, 1998, y Silvia Hilton, «The Spanish American War of 1898: Queries into the Relationship between the Press, Public Opinion and Politics», *Revista Española de Estudios Norteamericanos*, 7 (1994), pp. 70-87.

Pese a las imágenes esgrimidas durante la guerra hispano-norteamericana, lo cierto fue que al finalizar la contienda esos estereotipos no determinaron la consideración del otro país. Quizás en ello pudo influir que, a pesar de la trascendencia que tuvo, la guerra entre las dos naciones no fuera excesivamente cruenta. A juicio de los norteamericanos la contienda quedó como «aquella espléndida pequeña guerra» que tan buenos frutos les dio. Los españoles, en su fuero interno, fueron conscientes de que, dados los problemas existentes en las colonias, antes o después se hubiera llegado a un resultado similar, aunque hubieran deseado evitar el dramatismo y la humillación de la intervención norteamericana en el proceso. En la normalización de las relaciones entre ambos países también pudo incidir el hecho de que tras la guerra el Ejército y sobre todo la Marina de Estados Unidos se convirtieran en ejemplos a imitar. De igual forma, probablemente contribuyera a ello la necesidad de ayuda económica, tecnológica e industrial norteamericana que España sintió en las primeras décadas del XX. Lo cierto es que Estados Unidos pronto se convirtió en un modelo para la modernización económica y militar, más que en un enemigo ante el que perdurara el rencor.¹⁹

Como ha señalado Antonio Niño²⁰, tan sólo la derecha más tradicionalista se mantuvo en una actitud de cierto antinorteamericanismo, si bien no tanto por el desenlace de la contienda como por el inevitable recelo hacia la libertad, el igualitarismo y el materialismo que desde esa perspectiva se consideraba que caracterizaban a la sociedad norteamericana. Frente a esta actitud, pero también frente a otra no menos crítica que se va abriendo paso en la izquierda como consecuencia de la política imperialista de los norteamericanos, lo cierto es que las posturas más favorables a los Estados Unidos se localizan en sectores intelectuales de signo liberal próximos a la Institución Libre de Enseñanza y a la Junta de Ampliación de Estudios, aunque tales posturas se verán contrapesadas, sin embargo, por la actitud negativa de Ortega hacia los Estados Unidos, en los que veía un claro ejemplo de la nueva influencia social de las masas²¹, reformulando así, a su modo, una actitud muy generalizada entre los intelectuales europeos, que tradicionalmente habían juzgado siempre con condescendencia a los Estados Unidos como país carente de una verdadera tradición cultural²². No obstante,

19 M^a Dolores Elizalde, «Las relaciones entre España y Estados Unidos en el umbral de un nuevo siglo», en *España y Estados Unidos en el siglo XX*, eds. Lorenzo Delgado y M^a Dolores Elizalde, Madrid, CSIC, 2005, p. 58. Por su parte, Isabel García Montón ha estudiado diversos textos de autores españoles que intentan en fechas muy próximas al fin de la guerra contribuir a la normalización de las relaciones entre ambos países ofreciendo una visión positiva de los Estados Unidos. Se trata de obras como las de Esteban Amengual, *Sencillos recuerdos de mis 30 viajes y excursiones a los Estados Unidos* (1899) o José Alemany y Milá, *Los Estados Unidos Impresiones de viaje* (1903). Véase Isabel García-Montón, «Agentes de una aproximación cultural: viajeros españoles en los Estados Unidos tras la Guerra Finisecular», en *Travelling across cultures = Viages interculturais: The Twentieth-Century American Experience, Actas del IV Congreso SAAS, Santiago de Compostela, marzo 1999*, Madrid, Universidade de Santiago de Compostela, 2000, pp. 237-247.

20 Antonio Niño, «Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense», en *España y Estados Unidos en el siglo XX*, eds. Lorenzo Delgado y M^a Dolores Elizalde Madrid, CSIC, 2005, pp. 57-94.

21 «Los ‘nuevos’ Estados Unidos,» (*La Nación*, 22-III-1931) en *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1963, vol. 4, pp. 357-361, y «Sobre los Estados Unidos,» (*Luz*, 27, 29, 30, VII, 1932), *ibid*, pp. 369-37.

22 Tal como señala Niño (*op. cit.*, p. 75): «La imagen positiva de Estados Unidos como país moderno, en rápida evolución y marcado por un espíritu juvenil, tenía su contrapartida en la idea de que la sociedad estadounidense, su

será esa misma actitud matizadamente positiva la que favorezca el desarrollo de iniciativas tales como la creación del Instituto Internacional, en Madrid, o del Instituto de las Españas en Estados Unidos, iniciativas en las que desempeñaron una importante labor personajes como María de Maeztu, José Castillejo, secretario de la Junta de Ampliación de Estudios, o Federico de Onís²³. Esa misma actitud de interés por los Estados Unidos habría de coincidir con otra de interés por España y la cultura española que se dio, al otro lado del Atlántico, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo cuya manifestación más conocida es, sin duda, la fundación por Archer M. Huntington de la Hispanic Society en 1904²⁴.

Sin embargo, tal como señala Niño, el interés despertado entre los españoles por este tipo de intercambios educativos y culturales fue de carácter exclusivamente técnico.

No era un modelo que tuviera seguidores entusiastas –como lo fue en el XIX para los republicanos, y como lo sería en la segunda mitad del XX para cierta derecha «liberal» en el sentido europeo–, pero sí admiradores y peregrinos ocasionales, que actuaban como abogados mediadores en la defensa de los cambios que ese modelo proponía. Hubo por lo tanto muchos peregrinos científicos –que no culturales ni políticos– que visitaban los Estados Unidos como la meca del desarrollo tecnológico, pero que no mostraban ningún interés por comprender toda la complejidad de esa sociedad.²⁵

En ese sentido, y frente al caso de Juan Ramón, cuya relación con Zenobia Camprubí se gestó en torno a ese mismo proceso de intercambio cultural y educativo de comienzos de siglo²⁶, nuestros dos autores, aunque condicionados por algunos de los prejuicios culturales a los que hemos aludido, podrían encuadrarse más bien en esa categoría de «admiradores y peregrinos ocasionales» a la que se refiere Niño, aunque, como veremos, su visión de los Estados Unidos no coincide siempre con este modelo.

modo de vida y su cultura, no tenían tradición ni historia, y por lo tanto carecían del fondo espiritual característico de las viejas naciones europeas. Sus clases adineradas parecían ingenuas y ridículas al intentar legitimar su status social haciendo fastuosos alardes y ostentación de su riqueza. Esta imagen de un pueblo de nuevos ricos, innoble y sin historia, coincidía en parte en el estereotipo de la derecha conservadora que observaba el progreso americano como expresión de un materialismo grosero, a veces insultante, que contrastaba con la espiritualidad española simbolizada por la figura de Don Quijote. Pero también coincidía con la imagen de Estados Unidos, muy extendida entre las clases cultas de Europa, como un país carente de una verdadera cultura humanista, una imagen que había calado profundamente entre los intelectuales europeos, y que fue el origen de cierta actitud condescendiente hacia los Estados Unidos por parte de las élites españolas. En Norteamérica todo parecía adquirir un sesgo vulgar, populista y materialista, frente al matiz elevado, aristocratizante y elitista asociado a la idea de Europa.» En realidad, en la visión española concurren aspectos que son característicos de la visión europea en su conjunto. Sobre la imagen europea de los Estados Unidos, véanse, Oscar Handlin y Lilian Handlin (eds.), *From the outer world*, Cambridge, Harvard University Press, 1997, J. Martin Evans, *America: the view from Europe*, San Francisco, San Francisco Book Co., 1976, Thomas K. Murphy, *A land without castles: the changing image of America in Europe*, Lanham, Lexington Books, 2001, C. Vann Woodward, *The Old World's New World*, Nueva York, New York Public Library/Oxford, Oxford University Press, 1991, James W. Ceaser, *Reconstructing America: The Symbol of America in Modern Thought*, New Haven, Yale University Press, 1997 y **Malcolm Bradbury**, *Dangerous Pilgrimages: Trans-Atlantic Mythologies and the Novel*, Londres, Secker & Warburg, 1995.

²³ Véase Niño, *op. cit.*, pp. 77-90.

²⁴ Véase Rafael Sánchez Mantero, ed., *La imagen de España en América (1898-1931)*, Sevilla, CSIC, 1994.

²⁵ *Op. cit.* p. 93.

²⁶ Véase Graciela Palau de Nemes, *op. cit.*, pp. 499-538.

De la vida de Rómulo de Mora apenas si disponemos de otros datos que los que ofrecen la reseña biográfica que Francisco Cuenca Benet incluyó en su *Biblioteca de autores andaluces* (1925) y una crónica que el diario *La Provincia* publicó el 25 de julio de 1916 y que había sido escrita por el propio director de la publicación, Francisco Muñoz, un año antes²⁷. De acuerdo con ambos documentos, Rómulo Manuel de Mora había nacido en 1883 en Huelva, de donde había salido en 1885 tras declararse el cólera en la ciudad. Hijo de un funcionario público, el autor estudió en la Escuela de Artes e Industrias de Madrid y fue contratado como perito electricista por la compañía ferroviaria MZA, que le comisionó para ampliar estudios en Estados Unidos, donde, tras obtener el título de Ingeniero Electricista, se incorporó a la Western Electric Company. Muy pronto, probablemente en torno a 1905, Mora comenzó su dedicación al periodismo en España y Estados Unidos con colaboraciones en revistas técnicas y comerciales y en diarios como *El Levante*, *El Comercio* o *El Heraldo Americano*, aunque no fue hasta su incorporación a la edición española de la *Pictorial Review* que el autor logró alcanzar una cierta proyección pública. Cuenca señala que Mora escribió «innumerables crónicas, sugestivos cuentos, algunos libros en inglés como *Road to Success* y *Successful Men* y hasta algunas comedias»²⁸, e incluye, sin dar fechas, una lista de obras publicadas por el autor en la que figuran *Como Laura* («novela dialogada») (1918), *Las deudas de un errante* («viajes y cuentos»), *Florida* («novelas cortas») (1923) y *Los cauces* («novela») (1923)²⁹. Aunque elogia su faceta de novelista, Cuenca hace énfasis sobre todo en su actuación al frente de la *Pictorial Review*, donde el autor habría logrado, en palabras de su biógrafo,

pasar (...) por todo el mundo la cultura hispana en fecundo maridaje con la cultura de otra raza poderosa que le prestó su nombre a cambio de su alma. Su obra, para orgullo de todo español, fue la de pensar y escribir en castellano en una admirable publicación extranjera; difundir entre millón y medio de lectores la literatura española y el conocimiento de sus más brillantes cultivadores; mantener nuestro idioma y exaltarlo haciendo comulgar a todo un inmenso continente en el culto de nuestro imponderable léxico.³⁰

Al igual que la edición en inglés, similar a otras revistas como *Vogue* o *Harper's Bazaar*, La edición española de la *Pictorial Review* era, tal como rezaba su portada, una «publicación mensual ilustrada para el hogar» de lujosa presentación y un precio elevado para la época (1'75 pesetas) que estaba dirigida a mujeres de clase media alta y que, como tal revista «para el hogar», dedicaba un buen número de páginas a la moda, completándose su contenido con comentarios sobre indumentaria y costumbres, crónicas de sociedad y reportajes de tema variado³¹. Al margen de su formato, la publicación constituye un testimonio excepcional,

27 Francisco Cuenca Benet, *Biblioteca de autores andaluces modernos y contemporáneos*, La Habana, Cultura, 1925, vol. II, pp. 241-242.

28 *Op. cit.*, p. 242.

29 De la lista sólo hemos podido identificar *Como Laura*, Nueva York: s.n., 1918, *Florida*, Madrid, A Marzo, 1923, y *Los cauces*, de la que da como fecha 1923 y a la que nos referiremos más tarde.

30 *Op. cit.*, pp. 241-242.

31 En la actualidad sólo se conserva en España una colección incompleta que recoge números de 1916 y 1917. Por la correspondencia entre los años naturales y los de la publicación, sabemos que ésta fue fundada en 1913, mientras que, por el testimonio de Cuenca, puede deducirse que en 1925 había dejado ya de publicarse. Aunque tenía sus oficinas en

por un lado, de esa misma corriente de interés por la lengua y la cultura españolas que se da en los Estados Unidos en las dos primeras décadas del siglo, a la que nos hemos referido anteriormente, pero también de la incipiente «americanización» que se da en la vida española ya en las primeras décadas del siglo, aflorando en ella una cultura mixta (el «fecundo maridaje» al que aludía Cuenca) que integraba, por un lado, la lengua española y, por otro, el modo de vida norteamericano y que, como tal, debía tener una difusión importante en América Latina. Esa misma fórmula está presente en la sección literaria, donde coinciden autores norteamericanos e hispánicos, figurando entre estos últimos autores de primera fila (a los que imaginamos excepcionalmente bien pagados)³² junto a otros prácticamente desconocidos. Pero lo más característico de esta sección es la abundancia en ella de un cierto tipo de novela corta sentimental (explicable por el público al que iba dirigida la revista) de tema específicamente norteamericano que llega incluso a aparecer bajo la denominación específica de «cuento norteamericano». La trama de tales relatos suele ser muy simple y está habitualmente enmarcada en el mundo del trabajo y los negocios, en el que se ve batallar arduamente en busca del éxito a los protagonistas masculinos, mientras que los femeninos, de acuerdo con un patrón cultural característico de la mujer norteamericana de la época, colaboran con los primeros, aunque sin pretender ocupar su lugar. Dentro de este género son frecuentes las traducciones de autores norteamericanos, pero con frecuencia encontramos también a autores hispanoamericanos o españoles, como, por ejemplo, Miguel de Zárrega³³, autor, entre otras, de la «novela norteamericana» «Lo que un minuto significa en una vida», (publicada en el número de octubre de 1917), o de «La siembra de las Ilusiones. En campo de nieve. Vida de un hombre que soñara ser feliz algún día» (publicada en enero de 1916), que narra la historia de un pintor, Santiago, que emigra a Estados Unidos y que acaba consiguiendo allí el éxito y la felicidad.

Una trama similar, aunque, como veremos, más compleja y cargada de alusiones culturales, es la que encontramos en *Los cauces. Novela de vida norteamericana* (1922) del propio Rómulo de Mora³⁴, novela que reproduce, efectivamente, los mismos rasgos formales e ideológicos de los «cuentos norteamericanos» de la *Pictorial Review*, pero que, debido a la identificación del autor con esa misma «vida norteamericana» a la que alude el subtítulo, se acaba convirtiendo, de hecho, en un auténtico manifiesto de sus ideas acerca de los Estados

Nueva York, era administrada en España por la «S. A. Smart», que estaba dirigida por Juan A. Isasi e Isidoro Felipe de Mora, hermano del autor y colaborador asimismo de la revista.

32 En la revista aparecen citados como colaboradores, entre otros, Emilia Pardo Bazán, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, José Ortega Munilla, Sofía Casanova, Manuel Linares Rivas o Blanca de los Ríos. Sólo en los dos años que hemos podido consultar aparecen además colaboraciones de Emilio Carrere, Eduardo Zamacois, Eduardo de Ory, Federico García Sanchiz, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa.

33 Miguel de Zárrega y Hernández (1883-1941), escribió diversas novelas y obras de teatro antes de viajar a los Estados Unidos, donde colaboró en distintos diarios y revistas, mientras ejercía la corresponsalía de *ABC*. Fue asimismo profesor en Middlebury (Vermont), aunque, dedicado de lleno al teatro y el cine, vivió hasta su muerte en Los Ángeles, donde trabajó para MGM, Fox y Columbia Pictures. Fue autor de las versiones al español de los diálogos de numerosas películas norteamericanas, así como de guiones y argumentos originales. Véase Florentino Hernández Girbal, Juan B. Heinink, Robert G. Dickson, *Los que pasaron por Hollywood*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000.

34 *Los cauces: Novela de vida Norteamericana*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1922. La obra conoció una segunda edición. *Los cauces (Un español en Norteamérica)*, Barcelona, Juventud, 1925.

Unidos³⁵. Efectivamente, el título de la obra hace alusión a la multitud de caminos que encuentra abiertos cualquier emigrante en los Estados Unidos para llegar a la cumbre del éxito, frente a los cauces predeterminados que la sociedad europea impone al individuo y, por ello mismo, constituye una apología abierta del mito norteamericano del *self-made man*. Mora tenía, desde luego, razones personales para llevar a cabo esta apología, pues su propia trayectoria personal en los Estados Unidos respondía en gran medida a dicho modelo. Así lo da a entender en su semblanza biográfica el propio Cuenca, quien se refiere a la publicación de la edición española de la *Pictorial Review* como el resultado de un combate de superación individual de proporciones casi épicas:

Esta labor se debió a un andaluz; a un jovencuelo visionario que saliendo de unos talleres mecánicos, hastiado de ser un resorte en la maquinaria inmensa, emprendió como un apostolado la empresa de igualar en circulación, en lengua española, la tirada del rotativo norte americano. El éxito lo acompañó y »Pictorial Review» en su edición española fue, durante su publicación, un formidable trasmisor del pensamiento hispano gracias a la indomable energía, a la voluntad, al talento y a la perseverancia de Rómulo Manuel de Mora.³⁶

Pero es sobre todo en la ya mencionada crónica del diario *La Provincia* donde el perfil de Mora como *self-made man* se nos muestra más claro, al narrarnos Muñoz los comienzos del autor en Estados Unidos tras renunciar a su puesto en la compañía MZA:

Nuestro paisano tenía en aquel momento por todo capital, ¡treinta y tres dollars!
¿Qué hacer en esas condiciones? Cualquiera se hubiera desanimado, pero don Rómulo, cuya férrea voluntad se ha demostrado en mil ocasiones, decidido a llegar al límite de sus aspiraciones, dejó que el Destino hiciese su obra.

La mayor parte de su «capital» lo invirtió en imprimir unas circulares dirigidas a los grandes periódicos norteamericanos, a los que se ofrecía como colaborador en asuntos hispanoamericanos.

En esta situación, cuando empezaba a desanimarse, una tarde, deambulando por las calles de Nueva York, oyó vocear un extraordinario del periódico «New York Herald», con algunos detalles del hundimiento del tercer depósito del Lozoya de Madrid.

Como un rayo de luz salvador, cruzó por su mente la idea de ampliar tal información y al efecto, dirigióse a una estación telefónica, pidiendo comunicación con todos los diarios neoyorquinos, ofreciéndoles amplios detalles sobre el suceso.

Uno a uno, fueron llamándole, pero, profundo conocedor del espíritu americano, a todos contestó lo mismo

–Estoy muy ocupado en un asunto importante y no puedo ir en este momento.

Hasta que uno de los dos periódicos llamóle con toda urgencia, ofreciéndole un «un dollar por cada palabra», sin limitar el número de éstas.

³⁵ El sincretismo cultural hispano-norteamericano de los relatos de la *Pictorial Review* aflora en esta obra no sólo en el argumento, como veremos a continuación, sino incluso en la misma ilustración de cubierta, que muestra una figura femenina envuelta en un mantón de Manila y que está firmada por F. Earl Christy (1882-1961), ilustrador norteamericano habitual de las portadas de revistas como *Vogue*, *The American* o la propia *Pictorial Review*.

³⁶ *Op. cit.* p. 242.

–Está bien. Voy enseguida –contestó.

A los pocos momentos don Rómulo se encontraba sentado ante una mesa de la redacción del «New York Herald», y ante los ojos atónitos de los redactores, como si se hallasen en el lugar de la catástrofe, comenzó a escribir cuartillas y más cuartillas, pagándosele por aquella información, mil y pico de dollars.

En otros varios asuntos por el estilo, su intervención fue disputada y así comenzó a crearse un nombre y una reputación sólida como periodista.

Los periódicos neoyorquinos se lo disputaban, hasta que fue requerido para dirigir la importantísima publicación «Pictorial Review»³⁷

Los cauces narra la trayectoria en los Estados Unidos de Alejandro Fernández-Arévalo, un español de origen noble que, recién llegado al país, obtiene en la Bolsa una gran ganancia tras recibir casualmente una información confidencial gracias a su círculo de amistades, entre las que destacan Lucía, una hispano-norteamericana a la que el protagonista pretende inicialmente y cuyo perfil recuerda al de Zenobia Camprubí, y Carlos, un millonario hispanófilo que parece trasunto del mismísimo Archer Huntington³⁸. El éxito fácil de la especulación financiera acaba cegando al personaje y sumiéndolo en una actividad absorbente que lo convierte en un misántropo, hasta que una oscilación del mercado hará que, con la misma facilidad que la ganó, acabe perdiendo su inmensa fortuna y hundiéndose en un estado de completa degradación personal que culmina en un intento de suicidio. Atropellado por un automóvil, el protagonista verá salvada su vida por un enérgico médico militar, el Dr. Arlington, y más tarde, olvidado de su antigua identidad, iniciará una nueva vida como trabajador anónimo en una industria cárnica de Chicago. Allí, empezando desde abajo, Alejandro logra ascender gracias a su capacidad innata para la organización y el trabajo, convirtiéndose finalmente en miembro del consejo de administración de la empresa y aprendiendo de ese modo que la verdadera grandeza de los Estados Unidos no está en las fabulosas fortunas de sus financieros, sino en el modo en que dichas fortunas se construyen por medio del trabajo, la voluntad y sobre todo la libertad que el país ofrece a los individuos voluntariosos y emprendedores para superarse y triunfar.

La novela, que en una segunda edición llevaba el subtítulo de «Un español en Norteamérica», tiene efectivamente como tema objetivo principal la descripción de la

³⁷ El instinto empresarial de Mora se hace patente en otra información que aporta la crónica de *La Provincia* y que nos confirma, además, la atención prestada por el autor al mundo de la inmigración: «Nuestro queridísimo amigo y paisano acaricia un proyecto, muchos de cuyos detalles tiene ultimados, que pone palpablemente de manifiesto su amor por la patria que lo vio nacer. «El día de la vuelta a la Patria», lo ha denominado, y en verdad, que el nombre no podía ser otro. / Proyecta el señor de Mora, organizar expediciones anuales de españoles residentes en América, coincidiendo con la histórica fecha del 12 de Octubre, aniversario del descubrimiento de América. / En dicho día, uno o varios buques fletados al objeto, traerían al Santuario de la raza, al monasterio de la Rábida, centenares de españoles, los cuales, se dirigirán a sus poblaciones de origen., visitando de paso varias capitales españolas dignas de ser conocidas por sus recuerdos artísticos e históricos, volviendo después a sus actuales residencias en una fecha determinada de antemano. / El proyecto como puede verse, es soberbio y demuestra bien a las claras el patriotismo y el afecto de don Rómulo M. de Mora, hacia su amada España».

³⁸ *Op. cit.*, p. 32: «Carlos se mostró muy amable. Tenía tantísimo gusto en conocer a un hidalgo ibero. Y se despa-rramó en pintorescas descripciones de la Península, del carácter existente en las diversas regiones de España, del clima, los productos... A Alejandro le hizo un efecto enciclopédico; le pareció que se había abierto un libro ante sí».

civilización y la cultura norteamericanas desde la perspectiva del extremo opuesto, es decir, desde la de un representante de la «decadente» España de comienzos del siglo XX. Aunque el contraste entre ambos países se plasma fundamentalmente, como veremos, en el que para Mora es sin duda el más importante ámbito de diferenciación, el mundo del trabajo y dinero, lo cierto es que el autor no deja de referirse a otros aspectos de la vida en los Estados Unidos en los que advierte asimismo profundas diferencias con España. Uno de ellos, el de la situación de la mujer, ocupa inevitablemente un lugar de importancia, ya que, a fin de cuentas, el modelo seguido por el autor no es otro que el de la novela corta sentimental de la *Pictorial Review*³⁹. Las diferencias en este terreno aparecen plasmadas en la novela por medio del retrato de diferentes personajes femeninos norteamericanos, a los que el autor compara implícitamente con la mujer española, especialmente en el capítulo V, en el que se narra una conversación de Alejandro con Margot, feminista radical, y con la ya mencionada Lucía, que no es en realidad una feminista: «Sufragismo, a mi entender, es usurpación de derechos fuera del hogar. La disparatada igualdad de sexos, que sólo el decirlo resulta absurdo. Nosotras queremos reconocimiento de nuestras facultades dentro del hogar para compartirlos con los nuestros»⁴⁰. No menos importancia tienen las observaciones del narrador sobre la función de la mujer en la pareja que forman los Harriman, «el matrimonio de los felices»⁴¹, pareja modelo basada en el respeto mutuo y en la ayuda que la mujer presta al marido para lograr finalmente entre ambos una «felicidad creada por mutua inteligencia»⁴². Otra diferencia que advierte el protagonista es la de la posibilidad de que entre un hombre y una mujer pueda entablarse una amistad sincera basada en el trato entre iguales: «Alejandro estaba perplejo. Luego ¿aquella era la mujer moderna? -se preguntaba-. Se podía hablar con ella de algo más que no fueran amores y... además de amores»⁴³.

Pero el objetivo de Mora no es, a pesar de la apariencia de su novela, narrar una historia sentimental, sino sobre todo manifestar sus ideas acerca de los Estados Unidos, ideas que, como hemos señalado, tienen en el mundo del trabajo y los negocios (que era el que mejor conocía y el que más le interesaba) su principal centro de gravedad. En ese sentido, resulta especialmente interesante el relato de las visitas que hace el protagonista a una fundición y a Wall Street, que le permiten a Mora, no sólo describir los métodos de trabajo de la industria norteamericana y su conexión con el entramado financiero (recuérdese que la novela es de 1922) sino, sobre todo, trazar un retrato de la figura del *self-made man* por medio del personaje de Mr. Hardens (nombre claramente simbólico), propietario de la misma fundición en la que empezó como simple obrero, que prefigura de ese modo el futuro que aguarda al

39 De hecho, la segunda edición de la novela apareció, inexplicablemente, en la serie «La novela rosa» de la Editorial Juventud.

40 *Op. cit.*, p. 19.

41 *Op. cit.*, p. 25.

42 *Op. cit.*, p. 31. En la misma página el autor escribe: «Ambos no podrían ser al mismo tiempo cabeza directora en un solo propósito, en una sola vida; pero la dirección de esa vida, de dos personas unidas, puede estar y está unas veces en ella y otras en él. Eso de un cerebro director único todo el tiempo es una manía perjudicial. Un hombre y una mujer fueron ideados para formar un solo ser. El cerebro de cada uno de ellos es como una reserva para los momentos de cansancio del otro. No pueden ser iguales, si se quiere decir así; pero ninguno de ellos es menos ni más valioso que el otro».

43 *Op. cit.*, p. 45.

propio personaje en la novela tras rehacer su vida empezando desde abajo en la empresa de Chicago:

Carlos explicó a Alejandro cómo Mr. Hardens fué años atrás uno de tantos obreros de la fábrica; cómo, sin otros estudios que lo elementales de primera enseñanza, había conseguido, a fuerza de constancia e inteligencia, de trabajo sólido, llegar a aquel cargo; cómo, con propósito firme, fu ascendiendo día a día en práctica y conocimientos de tal manera, que aquel simple obrero se había convertido en el primer cerebro de aquella formidable empresa, y cómo, ante él, se inclinaban los más prestigiosos hombres del país como ante un oráculo de las industrias, del trabajo y del orden de las organizaciones fabriles

(...) Este es sólo un caso; pero crea usted, señor Arévalo, que muchos, la mayoría de los grandes hombres de América, empezaron en los puestos más modestos y se fueron elevando hasta los más altos en las diversas industrias en forma análoga.⁴⁴

En el mismo episodio, Mora confronta dos modelos que en su opinión encarnan, a pesar de su interdependencia, valores morales opuestos: el industrial, representado por el heroico Hardens y el financiero, encarnado en el borroso Welton:

- (...) Pueden ustedes con ese dato arruinar a muchos y enriquecer a otros tantos, gracias a la manipulación de las acciones –objetó Mr. Hardens.
- Pero ese es un negocio legal –respondió el banquero.
- Que debiera penarse.
- No existiría la Bolsa si así fuera.
- Por mí, que deje de existir...⁴⁵

Dicha oposición se materializará más tarde en la vida del propio Alejandro, cuando la misma especulación bursátil que lo había enriquecido acabe llevándolo finalmente a la quiebra y a la ruina, de la que se recuperará, sin embargo, mediante la regeneración moral de la práctica del trabajo manual en la fábrica de Chicago según una trayectoria similar a la de Hardens. En ese sentido, resulta se puede observar cómo ambos modelos (el industrial, con el que se identifica el autor, y el financiero, al que éste considera un instrumento imprescindible, pero también una amenaza para el primero) se proyectan sobre dos ciudades norteamericanas que tienen para Mora significados opuestos. Nueva York, la ciudad del dinero, aparece representada como símbolo del autoengaño del personaje acerca de sí mismo y de la sociedad norteamericana, a modo de espejismo que deslumbra con su exhibición de prosperidad económica al europeo, mientras que la industrial Chicago (recuérdese la expresión «salchicheros de Chicago» empleada en España durante la guerra de 98 y seguramente conocida por el autor) viene a representar el componente más genuino de la sociedad norteamericana, el trabajo industrial, verdadero origen de la riqueza y ajeno, como tal, a los fastos y derroches materiales que aquella acaba generando.

Tal como se puede apreciar, la historia de Alejandro contiene en sí una moraleja, pues, en definitiva, lo que pretende ensalzar el autor en su novela son las bases morales sobre

⁴⁴ *Op. cit.*, pp. 68-69.

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 74.

las que se asienta la prosperidad norteamericana y no las manifestaciones materiales de la misma. En ese sentido, la crisis por la que atraviesa Alejandro tras la ruina resulta decisiva dentro del discurso sobre los Estados Unidos que articula el autor en la novela, plasmándose en la escisión del joven español en dos personalidades cuyas voces discuten en su interior: el señorito español aficionado, por causa de la inercia social, al dinero fácil, y el «hombre nuevo» cuyas cualidades naturales, agostadas por la educación española, despiertan en él tras su llegada a Estados Unidos y que para deshacerse del primero no encuentra otra solución que suicidarse. Este segundo Alejandro será quien finalmente sobreviva al accidente y renazca, libre ya del otro, con nombre, identidad y personalidad nuevas (José Fernández en lugar del aristocrático José Alejandro Fernández-Arévalo del primero) dispuesto a emprender la nueva vida que le aguarda en los mataderos de Chicago:

Y esa vida la veo al fin alejarse de mí, dejarme inanimado indiferente, ajeno a ella. Es una vida que se fue, no me cabe duda. Desde que la razón fue ganando a la inercia de mis viejas ideas, comencé a crear en mí una nueva conciencia, y esa conciencia aún no me da una cuenta clara de lo que soy, de lo que seré mañana: sólo sé que no soy lo que fui (...) No soy aquel hombre que murió –¡murió, no le quepa a usted duda!– debajo de un automóvil. Allá quedó y allí debe seguir; sólo hasta allí recuerdo su existencia.⁴⁶

En el «renacimiento» del personaje reviste asimismo una especial importancia la figura del enérgico y optimista Dr. Arlington, quien al devolverle la vida al cuerpo maltrecho de Alejandro, hace las funciones de un Dios que lo crea de nuevo, pero un Dios «americano» que actúa, según subraya el narrador, como un mecánico reparando una máquina averiada más que como un médico curando a un hombre⁴⁷. De hecho, la metáfora del hombre como máquina y la imagen del «hombre de acero» serán ampliamente utilizadas por el autor y, significativamente, lo serán también por el metalúrgico Hardens en la reflexión que hará acerca de la ruina de Alejandro:

Los hombres, como las herramientas, necesitan temple... y de eso era de lo que carecía Arévalo. Mientras la fortuna le sonrió se creyó él mismo un gran hombre... Luego, cuando apareció la contraria, le faltó etamina. Yo creo -siguió diciendo- que la facultad de ser sensato en el éxito la tienen todos los hombres, pero el raciocinio lo conservan pocos cuando llega el fracaso. Los hombres de éxito no son, por tanto, los que no fracasan alguna vez, y sí los que se benefician con la experiencia de una derrota, y se enardecen con ella hasta el punto de subir, llevados por esa energía adversa, hasta las mismas puertas del éxito, del triunfo, que para mí tiene otras palabras. Para mí, el hombre que vence es el hombre de acero, que con las dificultades se temple, como les decía, y más tarde raja, corta o se dobla, según se requiere de él, como de las herramientas.⁴⁸

⁴⁶ *Op. cit.*, pp. 181-2.

⁴⁷ Tampoco deja de tener un significado simbólico el hecho de que Alejandro intente suicidarse dejándose atropellar por un automóvil, para pasar después, en su nueva vida, a trabajar precisamente como camionero, con lo que queda reforzada la imagen de la recuperación del control de sí mismo por parte del personaje en su segunda vida, pero también su identificación con la máquina.

⁴⁸ *Op. cit.*, pp. 164-5.

La transformación que se opera en el protagonista, transformación (económica, pero sobre todo moral) por obra de su propia voluntad, sirve al autor para hacer finalmente, por boca del nuevo Alejandro, una reflexión sobre el que a su juicio es el principal valor de la sociedad norteamericana, que no es otro que la libertad del individuo para hacer de sí lo que desee (literalmente para «hacerse a sí mismo») frente al determinismo social que pesa sobre el individuo en la vieja Europa:

Tú, labriego, no puedes tener más que hijos labradores, y si tienes otros..., pobres de ellos, los perseguiremos por su falta de respeto al orden social. Tú, noble, tendrás hijos vagos, ociosos, o vulgarizarás tu estirpe y sentirás sobre ti el oprobio de la maldición de tus antepasados...

Y en América nadie tiene cauce trazado en su vida. Cada uno puede elegirlo, cambiarlo a su antojo. Cada ser tiene libertad de miras dentro de sí, descubre sus deseos, sus ideales, sus aptitudes; traza el curso, ahonda el cauce que desea seguir en la vida... Y ni una vez siquiera se pregunta: ¿Qué fue mi padre?, y sí sólo: ¿Qué quiero ser? Y aquí el hombre crea su vida, la reanuda si se equivoca, no importa que tenga veinte, treinta, cuarenta años.⁴⁹

Los cauces es, por tanto, según se ha señalado, una suerte de manifiesto novelado en el que el autor expone con entusiasmo su visión acerca de los Estados Unidos, una visión cuyo origen último está, como sabemos, con su propia experiencia como *self-made man*. Pero la novela, reeditada en 1925, es a la vez una de las últimas obras del autor y su publicación es asimismo, junto a la reseña de Cuenca, una de las últimas noticias que tenemos acerca de su vida, pues, poco después, Mora desaparece de archivos y hemerotecas prácticamente sin dejar huella, quizá como resultado de algún revés profesional similar al que le sobreviene en la novela a Alejandro, o tal vez en medio del cataclismo que habría de experimentar en 1929 el sistema que tanto había elogiado en su obra y cuya recuperación había predicho, no obstante, en la propia regeneración de su protagonista.

Cuando se encontraba aún en la plenitud de su fortuna y su popularidad como periodista, Mora hizo una visita a Huelva en la que debemos detenernos necesariamente. Efectivamente, entre el 31 de julio y el 7 de agosto de 1916, el director de la edición española de la *Pictorial Review* estuvo en Huelva, actuando como Mantenedor de los Juegos Florales de las Fiestas Colombinas de ese año, quizá por intermediación del diario *La Provincia*, que, como no podía ser menos, se hizo amplio eco de la visita de quien llegó a presentar como «una de las más salientes personalidades de Nueva York» (25-7-1916). La presencia de Mora en pleno apogeo de la *Pictorial Review* debió causar un gran impacto en los periodistas locales, a quienes, sin duda, transmitiría una visión de la sociedad norteamericana muy similar a la que plasmaría años más tarde en *Los cauces*. Uno de esos periodistas era un joven que, por su carácter inquieto y emprendedor, se encontraba sin duda especialmente predispuesto para prestar oídos al mensaje de Mora y seguir su ejemplo. Nacido en 1893, Eduardo Criado Requena se había dedicado desde muy joven a la pintura, aunque nunca había llegado a

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 209.

rebasar el ámbito estrictamente onubense, tal como queda atestiguado por su participación en distintas exposiciones locales y por los tres paisajes, datados en 1912, que se conservan en el Museo Provincial de Huelva⁵⁰. Su nombre, sin embargo, habría de alcanzar mayor resonancia como animador de actividades artísticas y literarias, tales como la creación de la asociación «Juventud Artística» en 1913 o la fundación de la revista *Onuba* (1915), iniciativas que promovió en colaboración con otra importante figura de la vida cultural local, el político republicano José Marchena Colombo, que había fundado en 1911 la revista *La Rábida*.

Al igual que Marchena Colombo, el autor estuvo vinculado al Partido Reformista y a su órgano local, el semanario *El Reformista*, donde comenzó su carrera como periodista, mostrando ya por entonces su proximidad ideológica a Ortega y Gasset y la Liga de Educación Política. Criado adquirió en el semanario una experiencia que habría de serle muy útil para la fundación en 1915, como órgano de la «Juventud Artística», de la revista *Onuba*, de la que se publicaron tan sólo siete números a lo largo de 1915⁵¹. Es posible que, después de la breve andadura de *Onuba*, su director, que contaba entonces veintidós años, estuviese buscando algún tipo de salida profesional y que, en esa situación, el encuentro con Mora lo animara finalmente a iniciar su particular aventura americana. Por una nota de *La Provincia* del 28 de agosto de 1917 sabemos que, tras un banquete en su honor, Criado salió de Huelva ese mismo día para embarcar en Cádiz rumbo a Nueva York. El joven pintor y periodista llegó a la ciudad en septiembre, después de un accidentado viaje que narraría más tarde en el primer capítulo («Entre la mar y el cielo») de *La ciudad de los rascacielos*, aunque sus primeras impresiones quedaron recogidas en una carta a su mentor onubense Marchena Colombo, que la publicó inmediatamente en *La Rábida*:

Carta abierta a Don José Marchena:

Mi querido Don José: he llegado bien a este país, a pesar de los submarinos, minas y otros obstáculos, con lo que quiero decirle que soy invulnerable. Esto es una maravilla de ingeniería, pero en cuanto a gusto artístico, deja mucho que desear.

Las grandes avenidas y numeración de las calles facilita mucho la orientación del forastero que a los seis días –como a mí me ocurre– va a todas partes lo mismo por elevados tranvías o trenes subterráneos.

Me parece haber llegado con suerte, pues todo me va bien y me parece menos de lo ponderado el carácter brusco de este país.

Yo en todas partes recibo atenciones, aunque mucho las debo al conocimiento del

50 Véase Jesús Velasco Nevado, *Historia de la pintura contemporánea en Huelva 1892-1992*, Huelva, Diputación Provincial /Fundación El Monte, 1993, pp. 75-76, 407 y 484 y Jesús Velasco Nevado, Valme Muñoz Rubio y José M^a García Rincón, *Catálogo de bellas artes del Museo Provincial de Huelva*, Huelva, Diputación Provincial, 1993, pp. 50-52. Sobre la vida de Criado sólo se conservan, aparte de las menciones de Velasco Nevado, dos referencias documentales: Francisco Cuenca Benet, *op. cit.*, p. 92, y Carlos García-Romeral Pérez, *Bio-bibliografía de viajeros españoles: (1900-1936)*, Madrid, Ollero & Ramos, 1997, p. 73. Sobre el autor véanse nuestros trabajos: Eduardo Criado Requena, *La ciudad de los rascacielos*, ed. Eloy Navarro Domínguez, Sevilla, Alfar, 2004, y «Política y cultura en la fundación de la revista *Onuba* (1915)», *Aestuarium* 8 (2002), pp. 119-146.

51 De la revista sólo hemos localizado una única colección, conservada en el Archivo General del Ayuntamiento de Huelva, que comprende los números 1 (10-4-1915), 2 (25-4-1915), 3 (27-5-15), 4 (25-6-1915), 6 (31-8-1915) y 7 (30-9-1915).

idioma, sin el cual no aconsejaría a nadie que viniera. Colaboraré en *El Gráfico* y el *Pictorial*; también mandaré impresiones a la prensa de Madrid. Aquí se me ha exigido un pseudónimo que será en adelante «Eduardo de España», porque yo cuanto más lejos de ahí me encuentre más me enorgullezco de ser español. He de advertirle que las crónicas aquí se pagan; pues nadie trabaja por amor al arte –como tanto tiempo hemos trabajado nosotros en esa bendita tierra. Aquí a los españoles no se nos mira mal, pero es preciso quitarse el bigote para que no lo tomen por italiano–cuyo papel aquí está bastante bajo.

Nosotros llegamos de noche y no habría papel bastante para describir la impresión de este puerto en cuya avanzada brilla como un sol la estatua de la libertad. No puedo ser más extenso, porque ya comprenderá lo ocupado que estaré hasta afianzarme aquí por algún tiempo.

Con gusto recibiré La Rábida, mandándola a esta dirección:
471 West 23rd st. New York City
18-9-17⁵².

Además de la información que aporta la carta, sabemos, por la dedicatoria del libro⁵³, que el puesto de Criado en la *Pictorial Review* fue de «primer redactor», sin que tengamos ningún testimonio, en los números que se conservan en España (1916-1917), de su paso por la revista, donde debió empezar a colaborar a partir de 1918. Por lo que se refiere a *El Gráfico*, hay que decir que se trata de una publicación en lengua española fundada en Nueva York por el escritor mexicano Martín Luis Guzmán, a quien el autor menciona entre los periodistas hispanohablantes de Nueva York (junto con Miguel Zárraga) en el capítulo «La Prensa».

El tipo de vida que llevó Criado en Nueva York puede deducirse de lo escrito por el propio autor en *La ciudad de los rascacielos*. Así, más allá de la jornada laboral descrita en el capítulo «El trabajo», Criado se dedicó en su tiempo libre a explorar la ciudad y sus alrededores, registrando impresiones y algunas experiencias curiosas como las relatadas en «Los misterios del Barrio Chino» o «El veraneo en Coney-Island», pero, sobre todo, experimentó la vida semibohemia de los periodistas y artistas de habla española afincados en la ciudad, tal como se puede deducir en sus artículos «El cabaret» y «Chavalier». Sobre este grupo (al que se refiere, además, en el capítulo «La prensa») existen dos testimonios próximos en el tiempo al libro de Criado, uno de Francisco Elías y otro del novelista Joaquín Belda, testimonios que nos permiten en cierto modo reconstruir los ambientes en los que se movió el periodista onubense. Elías, que había llegado a Nueva York en 1915 para fundar la Elías Press, Inc, dedicada a la producción de intertítulos para las películas mudas, rodó en 1920 la comedia muda *A perfect fit*, que fue estrenada en el cine Strand de Nueva York y que estaba compuestas por diferentes escenas en las que se reflejaba la vida de los españoles

52 «Eduardo Criado y su llegada a Nueva York. Carta abierta a D. José Marchena Colombo», *La Rábida*, 30-9-1917.

53 «A los hermanos Felipe y Rómulo M. de Mora, que supieron hacer patria fundando la edición española del «Pictorial Review» de New-York. Recuerdo de afectuosa amistad, acrecentada durante el tiempo que estuvimos de primer redactor en su revista».

e hispanoamericanos residentes en Nueva York. En ella actuaron numerosos españoles y cubanos junto al protagonista, Manuel Noriega, actor y director español que en 1920 se encontraba en Nueva York participando en comedias norteamericanas y produciendo sainetes dirigidos al público de habla hispana⁵⁴. Por esas fechas, Elías conoció asimismo al maestro Penella, autor de la canción *En tierra extraña*, que popularizaría más tarde Concha Piquer y en la que, de nuevo, se describía la vida de los españoles en Nueva York, una vida dominada por esa misma nostalgia que llevaría a Criado, según afirmaba en su carta a Marchena Colombo, a elegir el seudónimo «Eduardo de España»⁵⁵. Ese mismo ambiente fue descrito más tarde por Joaquín Belda, conocido novelista galante, en su libro de viajes *En el país del bluff: Veinte días en Nueva York* (1926)⁵⁶, donde, aunque no aparecen ni Criado ni Mora, sí encontramos a algunos periodistas que tuvieron relación con ambos, como Miguel Zárrega, y donde incluso llega a aparecer como personaje el propio Elías⁵⁷.

No resulta fácil determinar la causa del regreso de Criado a España, aunque, desde luego, no fue despedido por los hermanos Mora, a quienes dedica su libro en «recuerdo de afectuosa amistad». Quizá le fuera difícil al autor adaptarse al modo de vida norteamericano, sobre el que, como veremos, mostró una actitud menos entusiasta que la de Mora, o quizá se tratase de la misma nostalgia que parecía común a todos los españoles residentes en Nueva York y de la que acabamos de ver algunos ejemplos. No obstante, lo más probable es que su regreso se debiese a la misma enfermedad que acabaría con su vida en Huelva el 7 de octubre de 1920 y a la que aludieron, sin dar más detalles, las distintas necrológicas que fueron publicadas con motivo de su muerte.

Algunas de las crónicas que componen *La ciudad de los rascacielos* fueron publicadas en el diario *La Jornada*, de Madrid, entre abril y mayo de 1919, si bien no es posible determinar si fueron escritas o enviadas mientras Criado estaba todavía en Nueva York o cuando se encontraba ya de vuelta en España, puesto que la mayor parte trata de acontecimientos ocurridos durante la guerra y algunas de ellas aparecen fechadas en 1918. La última crónica fue publicada el día 26 de mayo de 1919, mientras que la primera reseña del libro, que data del 16 de agosto de

⁵⁴ Véase Navarrete Galiano, *op. cit.* p. 64.

⁵⁵ La canción, compuesta a partir del pasodoble *Suspiros de España*, de 1902, fue estrenada en 1930 por Conchita Piquer: «Voy a contarles a ustedes lo que a mí me ha sucedido / Que es la emoción más profunda que en mi vida / yo he sentido. / Fue en Nueva York, una nochebuena, que yo preparé una cena / pa' invitar a mis paisanos. / Y en la reunión, toda de españoles, / entre vivas y entre oles, / por España se brindó. / Pues aunque allí no beben por la ley seca / Y sólo al que está enfermo despachan vino / Yo pagué a precio de oro una receta / Y compré en la farmacia vino español, / vino español, vino español / El vino de nuestra tierra bebimos en tierra extraña / Qué bien que sabe ese vino / cuando se bebe lejos de España / Por ella brindamos todos / y fue el fin de aquella cena / La nochebuena más buena / que soñar pudo un español. / Mas de pronto se escuchó / un gramófono sonar, / Callar todos, dije yo, / y un pasodoble se oyó / que nos hizo suspirar. / Cesó la alegría, todos lloraban / Y nadie reía / Todos lloraban / Y oyendo esta música / allá en tierra extraña. / Eran nuestros suspiros, suspiros de España».

⁵⁶ Joaquín Belda (1883-1935), *En el país del bluff: veinte días en Nueva York*, Madrid, Diana, 1926. La obra conoció una segunda edición en 1936 que se publicó como novela.

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 143: «Allí el simpático catalán emigrado [Elías había vivido en Barcelona desde los siete años] tenía una agencia de informaciones, una imprenta pequeña con su linotipia y todo, un centro productor de películas, y no tenía un ring para boxeo porque no había en el local».

ese año, lo presenta como un «interesante libro sobre la vida en Nueva York que acaba de publicarse»⁵⁸.

A pesar de que la presencia de Criado se debiera, como hemos visto, a motivos estrictamente laborales, el origen de su libro, como el de la publicación en la prensa de las crónicas que lo componen, está sin duda en el extraordinario interés que despiertan los Estados Unidos en toda Europa y, a pesar de la neutralidad oficial, también en España, a raíz de su entrada en la Primera Guerra Mundial. En ese sentido, hay que señalar que es esa misma corriente de interés la que explica las semejanzas del libro de Criado con otros publicados por entonces en España y señaladamente con las *Impresiones de un viaje a New-York* (1918), de Mariano Alarcón, que recoge asimismo un conjunto de crónicas escritas en las mismas fechas que las de Criado y que fueron publicadas como libro apenas seis meses antes que las de éste⁵⁹. El libro en cuestión muestra en sus diferentes secciones sorprendentes coincidencias con el del onubense, coincidencias debidas probablemente al hecho de haber coincidido ambos en los mismos ambientes periodísticos y haber compartido las mismas fuentes de noticias, si bien hay que decir que las *Impresiones* de Alarcón son un texto eminentemente propagandístico y ajeno, por tanto, a los intentos aparentemente sinceros de Criado de ofrecer en su libro una visión objetiva de la realidad de los Estados Unidos, como el propio autor declara explícitamente:

Al empezar a escribir este libro nos impusimos tres previas condiciones: la sinceridad, la brevedad y la impersonalidad (...). El que escriba sobre un país bajo una impresión de amor u odio, está incapacitado para juzgarlo con sinceridad. Si hemos de disponer nuestros juicios de apasionamiento, debemos acogernos a la serenidad del eclecticismo (...) Acaso el defecto capital que tienen las obras escritas sobre América, sean la falta de impersonalidad y el prejuicio. Los escritores que han ido a América han escrito influenciados por el ambiente en que han vivido, y guiados por un prejuicio de admiración o de desprecio, han volcado sobre el papel toda la miel o hiel de su corazón, y creyéndose ejes del universo han pensado que todos deben llorar o reír, según domine en ellos el dolor o la alegría.⁶⁰

A pesar del título, los temas estrictamente neoyorquinos son escasos, pues en realidad el objeto del libro no es tanto Nueva York como el conjunto de la sociedad norteamericana, de

58 *Diario de Huelva*, 16-8-1912. Eduardo Criado, *La ciudad de los Rascacielos (Nueva York): impresiones de un viaje a los Estados Unidos y Recopilación de artículos publicados en distintas revistas de España y América, bajo el pseudónimo de Eduardo de España*, Sevilla, Llopis y Jiménez, 1919. No tenemos constancia de que las obras «en preparación» que aparecen mencionadas en la nota que cierra el libro, *Inquietudes* (novela), *El marqués de Mirasol* (comedia) y *Maribella* (comedia), fueran finalmente publicadas.

59 Mariano Alarcón, *Impresiones de un viaje a New-York*. Madrid, Gráficas Excelsior, 1918. Las secciones del libro llevan por título «Hacia New-York»; «Nueva fisonomía de la ciudad»; «Las paradas»; «La misión japonesa»; «España en New-York»; «Dinero a raudales»; «Simpatía por España»; «Las estrellas»; «Espionaje»; «Alerta está!»; «Falsas imputaciones»; «La guerra con Austria»; «Suavidad con los débiles»; «Todo debe admirarse»; «Ejemplaridad»; «Unos cuantos guarismos»; «MCMXVIII»; «Palabras generosas»; «Sufragismo y descanso»; «El público, tribunal»; «Dar de comer al hambriento»; «Profecías» y «Post scriptum». El libro incluye asimismo una entrevista con Eduardo Dato y una «Entreviú conmigo mismo» que había sido publicada en inglés en el *New York Herald* del 23-9-1917.

60 *Ed. cit.* p. 142.

la que la ciudad es presentada como emblema, obviando el autor el estudio de otras zonas del país que, emigrante antes que viajero, no llegó a conocer⁶¹. En cualquier caso, en su libro no faltan tópicos característicos de la literatura de viajes a Estados Unidos, como la descripción de la llegada a Nueva York y el avistamiento de los rascacielos, que el autor relata en el capítulo «Frente a una ciudad de gigantes» con lenguaje típicamente modernista⁶². Del mismo modo, encontramos la inevitable reflexión sobre el sentido de la arquitectura norteamericana en «La catedral del comercio y la arquitectura de los cuadriláteros» y otros tópicos como la crítica a las diversiones en masa de «El veraneo en Coney-Island», un tema antiguo que se remonta a las crónicas de Martí de *Escenas norteamericanas* y que volvería a aparecer más tarde en el *Poeta en Nueva York* de Lorca. Finalmente la multirracialidad de los Estados Unidos y, en especial, la de la propia Nueva York (un aspecto que ya había llamado a atención a numerosos viajeros anteriormente) permite a Criado mezclar intriga y exotismo en «Los misterios del Barrio Chino». La obra contiene asimismo artículos de temas diversos que van desde la actualidad de la guerra (como la «La llegada del vizconde Hyhi» o «Un submarino alemán») a las reflexiones sobre México de «Lo único que falta a México» (influidas sin duda por la perspectiva de Martín Luis Guzmán) pasando por las reseñas de espectáculos (en «Crónicas») todos ellos relacionados con la condición de reportero del autor. El resto de los capítulos se refiere específicamente a aspectos generales de la sociedad norteamericana que llaman la atención de Criado y que habían sido ya estudiados en su mayoría por diferentes viajeros a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX⁶³. Entre ellos

61 El libro incluye las siguientes secciones: «Entre la mar y el cielo», «Amor trasatlántico», «Frente a una ciudad de gigantes», «La virilidad del pueblo», «La confianza en los gobernantes», «El carácter», «La mujer», «El Museo Metropolitano de Arte: (la pintura)», «Mi teoría», «Crónicas», «La llegada del vizconde Hyhi», «Un submarino alemán», «La sociedad española de América», «Lo único que falta a México», «La catedral del comercio y la arquitectura de los cuadriláteros», «El «cabaret», «La literatura moderna», «La prensa», «Los misterios del Barrio Chino», «El trabajo», «En «Chavalier», «El veraneo en Coney-Island», «La elección entre dos civilizaciones».

62 «Cuando llegamos al puerto dieron orden de no desembarcar hasta el siguiente día, y lo que fue tristeza para todos, para nosotros sirvió de alegría. Así tendríamos ocasión de ver a la ciudad entrar en la noche. Traspuesto el sol toda ella parecía envuelta en una gasa azul, la inmensa mole se fundía en el aire matizado de grises violáceos y amarillos, ya azulados y fríos, ya calientes por el moribundo carmín del sol; las líneas eran dominadas por las sombras, como difuminadas, sin que el lápiz dejara su huella; la estatua de la Libertad se adivinaba, como oculta matrona, entre la gasa del cielo y el humo de los barcos que cruzan por su alrededor; todo es triste y sombrío; el ambiente se apodera también de nuestro espíritu y le llena de inquietudes frente a aquella ciudad de misterios. Brevemente domina en el ánimo la deprimente atmósfera gris; un momento más tarde se desgarran el velo que separa el día de la noche y la ciudad se muestra desnuda ante nosotros. Millones de luces centellean a la vez como una lluvia de estrellas doradas bajo las plateadas del cielo; la rápida impresión que producen las altas construcciones es la de estar frente a una ciudad de gigantes; allí están en fila -como centinelas de la gran ciudad- los famosos rascacielos; allí el «Singer», la Equitativa y el incomparable «Woolworth» con sus 60 pisos. Cuando la vista ha descansado del rápido contraste que produce el paso de la sombra a la luz, las altas edificaciones aparecen divididas en pequeños cuadriláteros, iguales y uniformes; entonces pensamos que no son gigantes los que allí habitan, sino hombres pequeños de cuerpo como todos los de la tierra; pero hay dos cosas gigantescas en el hombre, que pueden producir otras desproporcionadas con su estructura física. Son el cerebro y el espíritu, y cuando un pueblo pone en movimiento uno de estos dos potentísimos motores, la roca viva se hace blanda y dócil, el mármol se modela y el hierro se funde, y entonces la mezquina y pobre naturaleza humana, ya crea pirámides y templos, ya catedrales y rascacielos» (*ed. cit.*, pp. 69-70).

63 Sobre la imagen de los Estados Unidos en los libros de viajeros españoles véanse la antología de Isabel García Montón, *Viaje a la modernidad: la visión de los Estados Unidos en la España finisecular*, Madrid, Verbum, 2002, y el trabajo de Carmen González López-Briones, «Some 20th Century Spanish Views of the U.S.» en *Travelling across cultures = Viages interculturais: The Twentieth-Century American Experience*, Actas del IV Congreso SAAS, Santiago de Compostela, marzo 1999 Madrid, Universidade de Santiago de Compostela, 2000, pp. 269-281.

están el culto al cuerpo y al ejercicio físico que profesan los norteamericanos, que es tratado por el autor en «La virilidad del pueblo», o la particular psicología de aquellos, a la que se refiere en «El carácter», un tópico este último en cuyo tratamiento Criado hace gala de esa imparcialidad que se impone a sí mismo desde un principio a la hora de enjuiciar a la sociedad norteamericana:

El americano no os dirá «que aproveche» cuando se levante de la mesa, ni se quitará el sombrero cuando entre en una oficina, ni dejará el asiento a una señora que vaya de pie en el tranvía, pensando, acaso, que su buen deseo en que la comida aproveche, no influirá nada en la digestión del amigo, que quitarse el sombrero es conceder superioridad a los demás, y ellos -aunque no lo sean- pretenden ser iguales y que no estaría bien dejar el asiento a unas señoras que tienen tantos derechos políticos y civiles como el hombre. En esto último nosotros le daríamos la razón: la galantería debe mostrarse con las mujeres femeninas, pero a las masculinas hay que dejarlas que lo sean en todo.

Para vivir a la americana hay que prescindir de los rituales latinos y, en cambio, no molestar a los demás con charlas inoportunas, no visitar a la hora de las comidas, ni interrumpir a quien lee, ni interesarse y murmurar de la vida ajena, ni otra porción de cosas que abundan entre nosotros, los mejor educados.⁶⁴

Tal como se puede comprobar en el texto anterior, otro de los aspectos que le llaman la atención a Criado y que tampoco falta en otros libros de viajes, es el de la situación de la mujer en los Estados Unidos, sobre el que transmitirá una visión bastante menos positiva que la que ofrecía Mora en *Los cauces*. Así en el capítulo «La mujer», el periodista onubense se explayará contra el feminismo y, en general, contra el mismo modelo norteamericano de mujer en estos términos:

En todo el mundo hay mujer menos femenina que la americana; parece creada solamente para imitar y explotar al hombre: ella no gusta de los quehaceres domésticos, ni de las obligaciones del hogar; detesta el matrimonio a pesar de la facilidad con que puede separarse de su esposo, y el amor está anulado por el interés; el dólar es para ella su único Dios y la libertad indispensable como el oxígeno. El padre o el marido no pueden influir ni encauzar su vida; las leyes la protegen de un modo tan exagerado que el hombre ha de dejarla hacer su voluntad para evitarse el ridículo (...) No comprendemos cómo hay hombres que acepten el matrimonio en una sociedad que sólo les impone deberes y no derechos; allí el hombre tiene obligación de mantener todos los caprichos y vanidades de su mujer, y, en cambio, no puede impedirle que se marche de paseo con un amigo, o que acepte invitaciones para el teatro o para el baile, quedando en muchos casos el esposo al cuidado del hijo, ya en casa, ya sacándolo a pasear en su cochecito por jardines y parques. ¡A cuántos hemos visto haciendo este papel de niñera, con tal cara de resignación, que más nos movía a la compasión que a la burla! Y cuidado con quejarse, porque los Tribunales darán siempre la razón a la mujer.⁶⁵

⁶⁴ *Ed. cit.*, pp. 78-79.

⁶⁵ *Ed. cit.*, pp. 79-80.

Por otro lado, la situación del arte en los Estados Unidos aparece tratada en el capítulo «El Museo Metropolitano de Arte», donde traza un balance negativo en general para las artes en los Estados Unidos (que matiza sin embargo en el capítulo dedicado a la Hispanic Society, «La sociedad española de América») desde la actitud de condescendencia que caracteriza a los viajeros europeos:

El principal defecto de los paisajistas americanos está en el falseamiento de la naturaleza. Todos –salvo Inness– están muy influenciados por los paisajistas ingleses y holandeses. No nos extrañan estas influencias, sobre todo tratándose de un pueblo infantil en arte. La causa retardataria del nacimiento de un arte nacional está en el utilitarismo, o sea en la adulteración del arte puro para adaptarlo a la industria y al comercio. En América no se concibe nuestra bohemia artística; allí todos se especializan en las llamadas artes prácticas. Los que sientan hondamente el paisaje o la figura serán difícilmente comprendidos. Para que los millonarios prodiguen su oro en adquisición de obras de arte es necesario que lleven una firma muy acreditada en el mundo artístico.

El cartel, el anuncio, la ilustración en revistas y el decorado son espejuelos que atraen a la juventud, desviándola del arte superior.⁶⁶

Sin embargo, en «La literatura moderna», Criado defiende el tipo de literatura comercial promovida por la *Pictorial Review*, publicación a la que menciona, de hecho, en el capítulo «La prensa» como ejemplo del modo norteamericano de concebir las revistas, muy diferente del que era habitual en la España de la época:

En España las revistas las fundan los literatos; en Norte-América, los industriales y los comerciantes; allí se reúnen varios escritores, y, ayudados por un capital pequeño, dan a la publicación revistas de literatura y arte que, faltas de base y superiores a la cultura media del público, mueren al poco tiempo de su nacimiento, o viven, acumulando deudas, con colaboradores gratuitos. Los escritores quieren dirigir y encauzar el gusto público, mejor que amoldarse a él, y aunque el propósito es laudable, sólo puede subsistir amparado por grandes empresas, dispuestas a perder el dinero. En América la mayoría de las revistas nacen por el anuncio; una gran casa industrial o comercial necesita extender su mercado y funda una revista donde anuncia amplia y gráficamente sus productos; entonces busca un escritor, lo retribuye bien y le encomienda algunas páginas de literatura, lo más folletinesca posible, y otras de vulgarizaciones sobre el artículo que fabrica o vende; después hace una gran propaganda, por medio de agentes, y al poco tiempo la revista deja de ser una carga para ser una fuente de ingresos. La razón de esto es clara: Suponeos un individuo que trabaje en automóviles y que, al llegar el sábado, guste de ver una revista gráfica y de leer un cuento o una novela corta; decididamente elegirá en el puesto de periódicos aquella revista que, además de las páginas de recreo, tenga otras de utilidad para su profesión.⁶⁷

⁶⁶ *Ed. cit.*, pp. 89-90.

⁶⁷ *Ed. cit.*, p. 125.

La experiencia del autor como director de *Onuba* se refleja claramente en el texto anterior, del mismo modo que su vinculación al Partido Reformista se hace visible en la atención que dedica a la política norteamericana en el capítulo «La confianza en los gobernantes», donde trata de una cuestión que había cobrado una especial importancia en el contexto de la crisis de legitimidad política de la España de 1917 y que el autor saca a relucir a propósito de la entrada del país en guerra:

Fue reelecto el presidente [Wilson], y al serlo parecía lógico suponer que la política de paz había triunfado; sin embargo, no fue así, y la guerra fue declarada a poco de la reelección. ¿Y qué ocurrió entonces? Pues que lo que en otro país hubiera justificado una revolución, allí no fue sino un lazo de mayor unión, precintado con ese plomo salvador para los gobernantes que se llama: patriotismo.

El pueblo sorprendido y desorientado en cuanto a la justificación de la guerra, acabó por entregarse a esta consideración: «Cuando lo ha hecho el presidente bien hecho está», y desde aquel momento acabaron los partidistas y sólo pensaron en ser americanos, en acudir a luchar en Europa y en aportar cada uno sus pesos al sostenimiento de la carga común.⁶⁸

Finalmente, y no podía ser de otro modo, Criado se ocupa de una cuestión capital en la percepción europea y sobre todo española de los Estados Unidos, según hemos visto en la novela de Mora, como es la organización económica, especialmente en lo que concierne al sentido que los norteamericanos otorgan al trabajo y al dinero. En ese sentido, tal como se puede apreciar en «El trabajo», hay que decir que Criado reproduce una visión similar, a grandes rasgos, a la que plasmaría más tarde Mora en *Los cauces*, pero quizá con un menor entusiasmo apoloético:

La diversidad y abundancia de trabajo, es tan grande, que todo hombre que tenga un oficio ganará dinero, a menos que sea un holgazán.

En Norte-América el trabajo es el culto nacional, la religión en que todos comulgan y a la que deben principalmente su rápido apogeo (...) En arte y en espiritualidad tienen mucho que aprender todavía los Estados Unidos de la vieja Europa; pero nadie les aventaja en el terreno práctico de la vida, ni siquiera sus progenitores, maestros del practicismo.⁶⁹

Sin embargo, tal vez lo más interesante que encontramos en la visión de Criado sea su reflexión sobre el modo en que el modelo norteamericano puede ser aplicado en España, pues, a diferencia de Mora, Criado no tiene motivos, cuando escribe su libro, para hacer el panegírico de un país con el que todavía no ha llegado a identificarse y al que todavía apenas debe nada, mientras que, por el contrario, en él se encuentra aún muy presente el modo de interpretar la realidad social y cultural del intelectual vinculado al Partido Reformista y a Ortega que fue en sus inicios periodísticos en Huelva. Así se pone de manifiesto en uno de los capítulos del libro que, a nuestro juicio, presenta mayor interés, el titulado precisamente «La elección entre dos civilizaciones». Allí enumera los principales factores que a su juicio han contribuido al éxito del modelo norteamericano «la voluntad, el amor a la

⁶⁸ *Ed. cit.*, p. 75.

⁶⁹ *Ed. cit.*, p. 136.

industria, el sentido práctico y la ‘ambition’»⁷⁰, definida esta última como el deseo legítimo de éxito personal. Pero, como hemos señalado, su principal preocupación es la adaptación de ese mismo modelo a España, adaptación que recomienda llevar a cabo siempre desde el respetando a las particularidades españolas:

El progreso material gigantesco de los Estados Unidos está basado en la voluntad y el amor a la industria, como su bienestar social descansa en la libertad religiosa y política. Si nosotros queremos ser algo más que un buen parroquiano del producto ajeno, adaptemos lo bueno de América, sin renunciar por eso a nuestros gustos y aficiones, ni a nuestras costumbres; sin que tenga que adulterarse con licor extraño el claro vino de nuestras letras y nuestras artes; sin que dejen de ser eminentemente femeninas nuestras mujeres, ni pierdan el encanto de la moralidad. No seamos admiradores incondicionales de todo lo extraño; filtremos el agua que nos den, para que sólo venga a nosotros lo que esté libre de corrupción.⁷¹

Tal como se puede apreciar, las imágenes que de los Estados Unidos construyen Mora y Criado tienen tanto aspectos coincidentes como divergentes. Ambos valoran, por encima de todo, el carácter abierto y libre de la sociedad norteamericana, y las posibilidades de progreso individual que ofrece. En el caso de Mora, su formación técnica como perito industrial y su vocación empresarial, le hacen valorar por encima de todo los aspectos económicos, incluso en su dimensión moral. En él encontramos además una total identificación personal con el modo de vida norteamericano, identificación que tiene que ver, sin duda, con la experiencia de su propia prosperidad (de ahí su carácter marcadamente individualista), y que hace que el autor, más que un observador objetivo, se nos muestre en el texto como un encendido apologista de los Estados Unidos.

En el texto de Criado, sin embargo, por debajo del periodista emigrante y del asalariado de la *Pictorial Review*, se nos revela en primer término el artista de formación modernista que fue antes de dedicarse al periodismo y que le lleva a censurar las carencias de Estados Unidos en ese terreno al igual que lo había hecho anteriormente con las que había observado en Huelva. Pero, además, según acabamos de ver, Criado se nos muestra en su libro todavía como un joven intelectual español, lo que hace que vea en los Estados Unidos sobre todo un posible modelo para alcanzar la regeneración nacional.

En cualquier caso, tanto uno como otro ven, por encima de todo, en Nueva York, (como muchos otros antes y después) un símbolo del futuro, de su propio futuro en primer término, pero también, desde dos diferentes perspectivas, del futuro de su propio país. Ambos lo hacen, en cualquier caso, desde la conciencia de la posesión de un pasado histórico y de una tradición cultural de la que carecen los Estados Unidos, situándose así en el extremo opuesto de tantos norteamericanos, que, como Washington Irving, viajaron a Huelva buscando en los lugares colombinos las huellas de su pasado más remoto, desde la conciencia de carecer, efectivamente, de una tradición histórica y cultural, pero desde la seguridad, sin embargo, de haber sido elegidos para protagonizar el futuro.

⁷⁰ *Ed. cit.*, p. 146.

⁷¹ *Ed. cit.*, p. 148.